

rios franceses que llegaban para él y me traía porque había previsto la agradable sorpresa que causaría á un viajero francés que se encontraba en medio de un desierto, recibir á mil leguas de su patria recientes noticias de la Europa. Lei las cartas, que aumentaron mis cuidados pór la salud de Julia; y habiéndome dejado Mr. Cattafago despues de convidarme á almorzar bajo un emparrado que había hecho en Nazareth, me puse á leer los diarios. Lo primero que llamó mi atencion fué un folletín del *Diario de los Debates*, donde se habían incluido unos versos que yo había hecho á Walter Scott, cuyo sentido melancólico convenia perfectamente á la escena en que me hallaba, escena de las mas grandes revoluciones del espíritu humano, escena donde el espíritu de Dios había conmovido tan fuertemente los hombres, y desde donde la regeneradora idea del cristianismo había tomado su vuelo sobre el mundo, del mismo modo que una idea, tambien hija del cristianismo, conmovía la otra costa de estos mares, sobre cuyas orillas me hallaba, y á la que volvian á mí mis propios acentos prorumpidos en la otra.

Recité mis versos como si hubiesen sido agenos; pues se habían borrado de mi memoria, y me admiré del sentimiento que me los había inspirado en otro tiempo, de este sentimiento de trastorno general de las cosas, de vértigo y ceguera del humano entendimiento, que corre con demasiada rapidez, para enterarse del camino que recorre; pero que descubre y manifiesta el instinto de un nuevo y desconocido objeto, al que le conduce Dios por el áspero y peligroso camino de las catastrofes sociales. Admiré la idea poderosa de la

locomoción del pensamiento humano, de la prensa y del periodismo, por medio de los cuales una idea que me había ocurrido seis meses antes en el bosque de Saint-Point, venia á buscarme del mismo modo que una hija busca á su padre, y hacer resonar en los antiguos ecos de las rocas de Nazareth los sonidos de una lengua joven, que se ha hecho universal !

20 de octubre.

Almórcé bajo el emparrado de Mr. Cattafago con uno de sus hermanos y algunos árabes: despues recorri nuevamente los alrededores de Nazareth, y fui á ver la piedra en el monte adonde iba Jesus, segun las tradiciones, á comer con sus primeros discípulos. Mr. Cattafago me dió cartas de recomendacion para San Juan de Acre, y para el mutzelim de Jerusalen.

El dia 21 por la mañana partimos de Nazareth. Todos los padres del convento, españoles é italianos, reunidos en el patio, se apiñaron en torno de nosotros, ofreciéndonos los unos votos y oraciones por la prosperidad del viaje, y los otros frescas provisiones de excelente pan, cocido en la noche anterior, aceitunas y rico chocolate de España. Yo di quinientas piastras al superior en pago de su hospitalidad; pero esto no impidió que algunos jóvenes padres me pidiesen al oido y recibiesen con disimulo algunos puñados mas de piastras, para comprar tabaco y otras golosinas monacales con que distraerse en la soledad.

Los viajeros han hecho una pintura romanesca y falsa de los conventos de Tierra Santa; pero nada es menos poético ni me-

nos exacto. El pensamiento es grande y hermoso. Los hombres, dicen estos viajeros, renuncian á las delicias de la civilización de Occidente, para ir a esponer su existencia, ó arrastrar una vida de persecucion y martirio entre los enemigos de su culto, sobre los lugares mismos que los misterios de su religion han consagrado: entre la vigilia y el ayuno oran en medio de las blasfemias de los turcos y de los árabes, para que el incienso cristiano humee en los sitios donde ha nacido el cristianismo. Son los guardianes de la casa y la tumba de Jesucristo, y el angel del juicio los encartrara solos en estos lugares, como las mujeres santas que velaban y oraban cerca del sepulcro vacío. Todo esto es grande y hermoso en ideacion. Todo esto hay que rebajar casi toda la parte grandiosa. Allí no existe persecucion ni martirio, y en derredor de estos hospicios hay una poblacion cristiana á las órdenes y al servicio de estos frailes. Los cuales no solo no les incomodan, sino que por el contrario los protegen, pues son los hombres mas tolerantes de la tierra, y respetan el culto y la oracion en cualquiera lengua, y bajo cualquiera forma, que se ofrezca á su vista. Solo odian el ateismo, porque lo miran, con razon, como una degradacion de la inteligencia humana, y como un insulto á Dios, que es un Ser evidente. Estos conventos están ademas bajo la proteccion temible e inviolable de las potencias europeas representadas por sus cónsules: á una queja del superior, el cónsul escribiría al pachá, y se les haria al instante justicia. Los frailes que he visto en Tierra Santa, lejos de presentarme la idea del largo martirio que se les quiera atribuir, me han pare-

CAPITANIA GENERAL

cido los mas felices, los mas respetados, y hasta los mas temidos de los habitantes de estos países. Ocupan especies de castillos semejantes á nuestros antiguos palacios de la edad media; sus mansiones son inviolables, y estan rodeadas de muros, y cerradas con puertas de hierro: estas puertas no se abren sino a la católica poblacion del vecindario, que viene á asistir a los oficios, a recibir alguna instruccion religiosa, y á pagar á los frailes con respeto y afecto el tributo del altar. No he salido en compagnia de uno de estos padres por las calles de los pueblos de Siria, sin que los niños y las mujeres viniesen a inclinarse ante el sacerdote, y besasen su mano y la extremidad de su hábito. Los mismos turcos, lejos de insultarles, parecen participar del respeto que inspiran. Ahora veamos quiénes son estos frailes. Por lo general son labradores de España ó de Italia, que entran jóvenes en los conventos de su patria, y que fastidianos de la vida monacal, desean diversificarla al menos por el aspecto de nuevos países, y pidien ser enviados á Tierra Santa. Su residencia en los conventos de su orden, establecidos en Oriente, no dura por lo general mas que dos ó tres años. Un buque viene á tomarles, y trae otros en su reemplazo. Los que aprenden el árabe, y se consagran al pasto espiritual de la poblacion católica de las ciudades, permanecen allí mas; á veces pasan su vida entera y tienen las ocupaciones y la vida de los parrocos de los lugares; pero disfrutan de mas veneracion y afecto. Los otros permanecen encerrados en el recinto del convento, ó pasan en peregrinacion de uno á otro, ya a Nazareth ó a Belen, algunas veces á Roma, y otras á Jaffa,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

al convento de san Juan en el desierto: sus obligaciones se reducen á la asistencia á los oficios divinos, y sus recreos son el paseo por los jardines ó los terrados del convento. Nada de libros, nada de estudio, ni ocupacion instructiva. El tédio los devora, se forman cabalas en lo interior del convento, los españoles murmurran de los italianos, y estos de aquellos. Las proposiciones que vertian con frecuencia unos frailes de los otros en el convento de Nazareth, nos edificaron muy poco: no encontramos ninguno que pudiera sostener una conversacion razonable ni aun sobre las materias que debia hacerles familiares su vocacion: no tienen ninguna idea de la antigüedad sagrada, de los Santos Padres, ni de la historia de los mismos lugares que habitan: todos sus conocimientos se reducen a cierto número de tradiciones populares y ridículas que se trasmiten sin examen, y que comunican á los viajeros, del mismo modo que las han recibido de la ignorancia y la credulidad de los árabes cristianos del pais: todos suspiran por su regreso y vuelven á Italia ó á España sin sacar fruto para ellos ni para la religion. Por lo demás los graneros de los conventos estan llenos, y sus bodegas encierran los mejores vinos que produce el pais, y que son ellos los únicos que los saben hacer. Cada dos años llega un buque de España que lleva al padre superior la renta que las potencias eclesiasticas, la España, el Portugal y la Italia les envian: esta suma, aumentada con las piadosas limosnas de los cristianos del Egipto, de la Grecia, de Constantinopla y de la Siria, les produce, segun dicen, una renta de tres ó cuatrocientos mil francos. Esto se reparte entre los diferentes con-

CAPILLA DE LA SANTA

ventos, segun el número de frailes y las necesidades de las comunidades. Los conventos estan bien conservados y todo indica en ellos la abundancia, y aun la riqueza relativa, al menos en aquellos que he estado. En honor de la verdad, no he visto ningun escándalo en los conventos de los frailes de Tierra Santa: las tres plagas que en ellos convenía, y seria preciso curar, son el fastidio, la ociosidad y la ignorancia.

Estos religiosos me han parecido sencillos, y sincera, pero fanaticamente creídos. Algunos en Nazareth me han merecido el concepto hasta de verdaderos santos, animados de la fe mas ardiente y de la caridad mas activa, humildes, pacientes, y voluntariamente serviciales con sus hermanos y con los extranjeros: yo llevo impresas en mi memoria sus fisionomías de paz y de candor y su hospitalidad en mi corazon. Tambien he tomado sus nombres; pero ¡qué les importa que estos nombres resuenen en la tierra, con tal de que el cielo los conozca, y que sus virtudes permanezcan ocultas entre lo sombra del claustro, donde las practican y tienen el placer de sepultarlas!

*El mismo dia.*

Al salir de Nazareth rodeamos una montaña llena de higueras y nopalos: á la izquierda se abre un valle verde y sombrío, donde vimos una casa de campo asentada sobre una de las pendientes que bajan al valle, que nos recordó nuestras casas de Europa: pertenece á un negociante árabe de San Juan de Acre. Los europeos no corren ningún riesgo en las inmediaciones de Nazareth,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

porque la poblacion, casi toda cristiana, está de su parte: en dos horas de marcha llegamos á una serie de vallecitos, que circundan graciosamente dos montecillos cubiertos de hermosos bosques de encinas verdes, que separan el llano de Caifás del pais de Nazareth y del desierto del monte Thabor. El monte Carmelo, cadena elevada de montañas que parte del curso del Jordan, y viene á morir cortada á pico sobre el mar, comienza á dibujarse á nuestra izquierda: su linea, de color verde oscuro, se destaca sobre un cielo de azul muy subido bajo un velo de vapores cálientes, como el que sale de la boca de un horno: sus arcillosas laderas están sembradas de una fuerte y robusta vegetacion: por todas partes se ve una capa forrada de arbustos, dominados a trechos por las copas elevadas de las encinas; y rocas pardas, cortadas por la naturaleza en caprichosas y colosales formas, penetran alguna vez al través de este verdor, y reflejan los rayos brillantes del sol. Tal era la perspectiva que teníamos en lontananza sobre nuestra izquierda: á nuestros pies los valles que seguimos bajaban en suaves pendientes, y comenzaban á abrirse sobre el propicio llano de Caifás. Subímos las últimas lomas que nos separaban de él, y no lo perdíamos de vista sino para volverlo á ver de allí á poco: estas lomas que se encuentran entre la Palestina y la Siria marítima, forman uno de los paisages mas suaves y solemnes que hemos contemplado. Por uno y otro lado los bosques de encinas, abandonadas á su propia vegetacion, dejan estensos espacios de tierra cubierta de menuda yerba, aterciopelada, del mismo modo que nuestros prados de

CAPILLA DE ENCINAS

Occidente. Detras de la cima del Thabor se eleva como un magestuoso altar, coronado de guirnaldas verdes, bajo un cielo de fuego; mas lejos se ve temblar en las ondas del horizonte la cima azul de los montes de Gelboe y las colinas de la Samaria: el Carmelo corre, digámoslo así, una cortina sombría y á grandes pliegues sobre uno de los lados de la escena, y la vista al seguirla se estiende hasta el mar que lo termina todo así como el cielo en los hermosos paisages. ¡Cuantos sitios he escogido en mi pensamiento para construir una casa y una fortaleza agricola, en que fundar una colonia con algunos amigos europeos, y algunos centenares de esos jóvenes destituidos de esperanza de un grato porvenir en nuestras regiones demasiado pobladas! La belleza de los sitios, la hermosura del cielo; la fertilidad prodigiosa del suelo; la variedad de producciones equinocciales que se pueden reclamar de la tierra; la facilidad de procurarse jornaleros por poco precio; el vecindario de dos valles inmensos, fecundos, regados e incultos; la proximidad del mar para la exportacion de los productos; la seguridad que se adquiriria fácilmente contra los árabes del Jordan, construyendo fortificaciones pequeñas á la salida de estas garnantas de colinas, todo me hace escoger esta parte de la Siria para la empresa agricola y civilizadora que he imaginado.

*El mismo dia por la noche.*  
Nos ha sorprendido una tempestad tal en medio del día, que no la he visto mas terrible. Las nubes se han elevado sobre el monte Carmelo

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

como torres, perpendicularmente, y al instante han cubierto toda la prolongada cresta de esta cadena de montañas; y las que pocos momentos antes estaban tan serenas y brillantes, se han ido cubriendo de ondas de tinieblas móviles, hendidas á espacios por rastros de fuego. Todo el horizonte se bajó y estrechó sobre nosotros. Se sucedían los relámpagos como torrentes de fuego del cielo sobre los negros costados del Carmelo, y las encinas del monte y de las colinas donde estábamos, se doblaban como cañas; el viento que soplaba con violencia de las garratas y cavernas, nos hubiera derribado en el suelo, si no nos hubiésemos apeado de los caballos, y encontrado un abrigo detras de una roca en el cauce de un barranco. Las hojas secas de los áboles, sacudidas por la tempestad, caian sobre nuestras cabezas como nubes, y las mismas ramas se desgajaban cayendo en nuestro derredor. Entonces me ocordé de la Biblia y de los prodigios de Elias, de este profeta esterminador sobre su monte: su gruta no estaba lejos.

La tempestad duró cosa de media hora; bebimos agua de la lluvia, recogida en las cubiertas de lana de nuestros caballos; descansamos algunos momentos á mitad de camino de Nazareth á Caifás, y volvimos á emprender el camino siguiendo el pie del monte Carmelo, la montaña de nuestra izquierda, y una dilatada llanura con un río á nuestra derecha. El Carmelo, que seguimos por espacio de cuatro horas, presentó siempre el mismo aspecto severo y solemne de una muralla gigantesca cortada casi á pico y cubierta de una sabana verde de arbustos y yerbas aromá-

ticas. La peña no se ve por ningun lado desnuda, y algunas rocas como ruinas ó escombros desprendidos del monte que han caido hasta el llano, figuran como fortalezas suministradas por la naturaleza para servir de base y abrige a pueblos de labradores árabes; mas solo encontramos uno de estos como unas dos horas antes de distinguir la ciudad de Caifás. Las casas son bajas, sin ventana ninguna, y cubiertas de un terrado que las preserva de la lluvia: encima de ellas levantan sus habitantes un segundo piso de ramage y hojarasca sostenida con troncos, en donde habitan el estío; y estos terrados estaban cubiertos de hombres y de mujeres que nos veian pasar, y que nos decian injurias. El aspecto de esta población es feroz; mas ninguno se atrevió a bajar de la loma para insultarnos desde mas cerca.

Eran las siete cuando nos acercamos á Caifás, cuyas cúpulas, minaretes y blancas murallas presentan como todas las ciudades de Oriente un aspecto alegre y aun brillante, vistas á cierta distancia. Caifás se eleva al pie del Carmelo sobre una playa de arena blanca. Esta ciudad se halla establecida al extremo de un arco ó herradura, cuya otra extremidad está ocupada por San Juan de Acre; ambas ciudades se hallan separadas por una distancia de dos leguas, y este arco ofrece una de las mas deliciosas orillas del mar en que pueda fijarse la vista. San Juan de Acre, cuyas murallas están estropeadas por los cañonazos de Ibrahim-Pachá y Napoleón, con la cúpula trepada de su hermosa aunque desplomada mezquita, y con las velas que entran y salen de su puerto, ilama la vista sobre este punto, uno de los mas im-

portantes y mas ilustrados por la guerra. En el fondo de este arco, ó golfo, hay una llanura cultivada; el monte Carmelo tiende su sombra sobre este llano, y la ciudad de Caifás abraza el otro lado del golfo, como hermana de Acre, avanzando en el mar su reducido muelle, en el que se mecen algunos buques árabes. Encima de Caifás se ve una floresta de olivos; mas arriba aun un camino cortado en la roca que se dirige á la cumbre del Carmelo, y allí se distinguen dos vastos edificios que coronan el monte, uno de los cuales es una casa de recreo de Abdalla, pachá de Acre; y el otro el convento de los religiosos del Carmelo, edificado recientemente con las limosnas de la cristiandad, sobre el que ondea el pabellón tricolor, para designar el asilo y la protección á los franceses. Un poco mas abajo del convento hay cavernas inmensas, vaciadas en el granito del monte, cuyas cavernas son las famosas grutas de los profetas: he aquí el paisaje que admiramos al entrar por las calles polvorosas y estrechas de la ciudad de Caifás. Los habitantes asombrados veían desfilar con terror nuestra larga caravana: á nadie conocíamos, y no teníamos donde alojarnos, ni hospitalidad que reclamar. La casualidad nos hizo encontrar a un joven piemontés, que ejercía allí las funciones de vice-cónsul, después de la toma de Acre: Mr. Bianco, cónsul de Cerdeña en la Siria, le había escrito, sin que lo supiésemos nosotros, encargándole que nos acogiese bien si pasábamos por esta ciudad. Con este motivo se dirigió á nosotros, se informó de quiénes éramos, y nos llevó á la puerta de una casa arruinada, en donde vivía con su madre y dos hermanas jóvenes. De-

jámos, pues, nuestros caballos, y nuestros árabes que acampasen á la orilla del mar, cerca de la ciudad, y entramos en casa de Mr. Malagamba, que así se llama este jóven y amable vice-cónsul, el cual es el único europeo que ha quedado sobre este campo de batalla, devastado después de la ruina completa de Acre por los egipcios.

Un reducido patio y una escalera de madera conducían a un pequeño terrado de hojas de palmera: detrás de él había dos cuartos sin otros muebles que un diván que los rodeaba, y que es en Oriente el único indispensable para el rico y para el pobre. En el terrado se veían algunos jarrones de flores, un palomar con bonitas palomas cenicentas, cuidadas por las hermanas de Mr. Malagamba, y al rededor de las paredes algunos vasares en los que estaban colocados con orden, tazas, pipas, copas para licor, copas de plata para los perfumes, y crucifijos de madera embutidos de naear y hechos en Belén. Tal era el mueblage de esta pobre casa, en la que una familia casi abandonada, está encargada, por el salario de unos trescientos francos, de representar á una de las potencias europeas.

La madre del vice-cónsul, Madama Malagamba, nos recibió con las ceremonias del país; nos presentó perfumes y aguas de olor, y apenas nos habíamos sentado en el diván, y enjugado el sudor, cuando sus hijas, como dos celestes apariciones, salieron del cuarto inmediato y nos dieron agua de azahar, y almibares servidos en fuentes de China del Japón.

Tan fuerte es el imperio de la belleza sobre nuestras almas, que aunque devorados por

la sed, y rendidos por una marcha de doce horas, hubiéramos permanecido en contemplacion muda delante de estas dos muchachas sin acercar el vaso á nuestros labios, si su madre no nos hubiese instado á que aceptásemos lo que sus hijas nos ofrecian. El Oriente todo entero se cifraba en aquellas hermosuras, tal cual yo lo habia soñado en los años de mi fogosa juventud, y mi imaginacion estaba llena de las encantadoras imagenes de los que le habian descrito y cantado. Una de estas hijas, niña todavía, no era mas que el acompañamiento de su hermana, como dos imágenes que se reflejan la una en la otra. Despues de habernos ofrecido este servicio con todo el esmero de la hospitalidad mas sencilla, y sin embargo mas poética, vinieron á sentarse en el divan al lado de su madre enfrente de nosotros. Este es el cuadro que yo quisiera pintar con palabras para conservarle en mis notas, tal cual lo estoy viendo en mi imaginacion; pero nosotros tenemos medios para admirar y sentir la belleza en todas sus fases, en todas sus delicadezas, y en todos sus misterios, y solo tenemos una palabra vaga y abstracta para designar la hermosura. El pintor triunfa en esta parte del poeta, pues copia las facciones y conserva y perpetua la radiante expresion de un rostro de mujer, mientras que el poeta solo puede decir: *es hermosa*, y aunque se le deba creer bajo su palabra, esta palabra ni dibuja ni pinta la belleza.

La joven estaba sentada sobre la alfombra, con los pies cruzados bajo de ella, el codo apoyado sobre las rodillas de su madre, y el rostro un poco inclinado hacia atrás; ya levantaba sus hermosos ojos azules para expresar á su madre el natural

asombro que le causaba nuestro aspecto y nuestras palabras, ya los fijaba en nosotros con una graciosa curiosidad ó ya los bajaba involuntariamente y los ocultaba bajo las hebras de seda de sus negras pestanas; al paso que un nuevo encarnado daba un color mas subido á sus lindas mejillas, ó que una sonrisa leve y mal reprimida venia á espirar en sus delgados y rubicundos labios, interiormente guarnecidos de perlas. La singularidad de nuestro trage, y la estraneza de nuestros usos, la causaban á cada instante una nueva admiracion; y aun que su madre la hacia señas para que no manifestase su sorpresa, por temor de ofendernos, su sencillez y su naturalidad la denotaban con claridad sobre aquel rostro de diez y seis años, y su alma se retrataba en cada expresion de sus facciones, con tal gracia y con tal transparencia, que se veian sus ideas hasta en su mismo cutis, antes que ella advirtiese que las había concebido. El agua mas limpida al refractar los rayos del sol que penetran en ella, es menos movible, menos diafana que su fisionomia. Ninguno de nosotros podia apartar los ojos de ella, y habiamos olvidado nuestras fatigas, y estabamos enteramente descansados con solo la vista de aquel rostro, que nunca podremos olvidar.

Su hermosura es de un género que muy rara vez se encuentra en otra parte que en el Oriente. sus formas son perfectas como las de la estatua griega; el alma revelada en el mirar como lo esta en las razas del Mediodia; y la sencillez en la expresion, como no existe mas que en los primitivos pueblos. Cuando estas tres circunstancias de la belleza se encuentran reunidas en una mujer, y

guardan armonía entre sí con la primera flor de la adolescencia; cuando el pensamiento meditabundo ó vago ilumina unos ojos que dejan leer hasta el fondo del alma, porque la inocencia no supone la necesidad de ocultar nada; cuando la delicadeza de los contornos, la pureza de las líneas virginales, la elegancia y la flexibilidad de las formas, revelan en el ojo la voluptuosa sensibilidad de un ser nacido para amar, y mezclan de tal modo el alma y los sentidos, que no se sabe al mirarla si es que siente ó admira, entonces la hermosura es perfecta, y entonces es cuando uno experimenta a su aspecto esa completa satisfacción del corazón y los sentidos, esa armonía de frunciones, que no es lo que llamamos amor, pero que es el amor de la inteligencia, el amor del artista, el amor del genio hacia una obra perfecta; entonces es cuando se dice: ¡Qué bien está uno aquí! y no puede uno apartarse del sitio, en donde se ha sentado con indiferencia unos momentos antes. Hasta tal punto constituye lo bello, la luz del entendimiento y el invencible atractivo del corazón!

Los encantos naturales de su persona estaban aumentados por un bellísimo traje; sus largos cabellos, de un rubio oscuro y resplandeciente, se veían divididos desde su cabeza en mil trenzas, que caían por ambos lados sobre sus descubiertos hombros; una confusa mezcla de perlas, de sequines de oro enhebrados, y de flores blancas y eucarnadas, estaban esparcidas sobre ellos, como si una mano llena de lo que hubiese sacado de una caja, se hubiese abierto sobre esta cabeza, y hubiese dejado caer al acaso y sin elección una lluvia de flores y alhajas. Todo lo estaba bien; na-

da sentaba mal en esta cabeza de quince años: su pecho aparecía descubierto, según la costumbre de las mujeres de Arabia: una túnica de muselina bordada de flores de plata, iba atada alrededor de su cintura; sus brazos estaban introducidos en mangas flotantes, abiertas hasta el codo, de una chaqueta verde, cuyas dos faldas pendían libremente sobre las caderas; anchos pantalones á mil pliegues completaban este traje; y sus piernas desnudas se veian ajustadas por encima de los tobillos con brazaletes de plata cincelados; uno de los cuales tenía cascabeles colgando, cuyo ruido acompañaba el movimiento de sus pies. Ningún poeta ha descripto una aparición tan seductora. La Aide de lord Byron, en don Juan, tiene algo de la señorita Malagamba, pero está muy lejos de la perfección, de la gracia, de la inocencia, de la dulce confusión, de la voluptuosa langüidez, y de la brillante serenidad que se confundian en estas facciones adolescentes todavía; así es que la tengo grabada en mi memoria para pintarla algún día como el tipo de la hermosura y del amor en el poema donde pienso consignar mis impresiones.

Sería un hermoso cuadro esta escena de mi viaje si hubiese entre nosotros algún pintor. Nuestros trajes tureos, vistosos y ricos; nuestras armas de todas clases esparcidas por el stelo; nuestros lebreles tendidos á los pies; estas tres mujeres en grupo delante de nosotros sobre una alfombra de Alepo; sus actitudes respirando la sensualidad, el abandono y un aire totalmente extrañero; la expresión de sus fisionomías, mientras que yo les contaba mis viajes, ó comparaba nuestros usos de Europa con el género de hospitalidad que

nos ofrecian; los pebeteros que ardian sin cesar en un rincón embalsamando el aire de la tarde; la figura antigua de los vasos en que nos servian los sorbetes ó bebidas aromáticas; todo esto en medio de un cuarto sin albahar, que daba vista al mar, y en el que las ramas de una palmera que crecia en el patio se introducian por las anchas aberturas de las paredes sin ventanas; qué cuadro formaria tan bello! Cuánto siento no llevar á mis amigos esta memoria, así como la llevo en mi imaginacion!

La esposa de Mr. Malagamba padre, es griega, y nacida en la isla de Chipre, se casó á los catorce años con este rico comerciante franco, que se hallaba al mismo tiempo de cónsul en Larnaca. Las desgracias y las revoluciones le arrebataron sus tesoros; y habiendo conseguido en Acre el pobre destino de agente consular, murió allí, dejando á su mujer y cuatro hijos en el mas absoluto abandono. Su hijo, que es un joven distinguido por su educación y despejo, fue empleado por algunos cónsules, obtuvo por fin la plaza de agente consular de Cerdeña en Caifas, y con el pequeño honorario de este destino tan precario, mantiene á su madre y hermanas. La hermana mayor de la señorita Malagamba, cuya hermosura acabamos de admirar y describir, se dice que inspiró una pasion tan violenta á uno de los jóvenes religiosos del convento de Caifas, que la habia visto desde su terrado, que se fugó en un buque ingles, abrazó la religion protestante para pedirla en casamiento, y había tentado todos los medios de verificar el rapto bajo diferentes disfrazes. Todavia se le creia oculta en algún pue-

blo de la costa de Siria, con el fin de llevar á cabo su proyecto; mas las autoridades turcas velaban por la seguridad de esta familia, y si los frailes, que ejercen la autoridad mas arbitraria e inflexible sobre los religiosos de su orden, llegasen á descubrir al fugitivo, expiaría en perpetua carcel el insensato amor que esta hermosura fatal habia encendido en su corazon. Nosotros no vivimos á esta hermana.

Pero se adelantaba la noche, y era preciso arrancarnos al encanto de esta acogida, y buscar un asilo en el convento del monte Carmelo. Mr. Malagamba había ido á advertir á la comunidad de los numerosos huéspedes que les iban á llegar. Nos levantamos pues; para conformarnos con los usos del pais, hubimos de permitir que la señora y señoritas Malagamba imprimiesen sus labios en nuestras manos, y montamos á caballo.

Comienza el monte Carmelo á elevarse á pocos minutos de marcha desde la salida de Caifas, y le subimos por un camino bastante bueno, cortado en la roca sobre la punta misma del cabo. Cada paso que dábamos nos descubria un horizonte nuevo sobre el mar, sobre las colinas de la Palestina, y sobre las costas de la Idumea. A mitad de camino encontramos á un padre del Carmelo, que hace cuarenta años habita una casita, que sirve de hospederia á los pobres de la ciudad de Caifas, y que sube y baja el monte dos veces al dia para ir á orar con sus hermanos, y nos admiró ciertamente la serenidad de alma y la alegría de corazon que brillaba en todas sus facciones: esta expresion de felicidad inalterable y apacible solo se encuentra en los hombres de una

vida sencilla y áspera, y de resoluciones generosas. La escala de la felicidad está en proporcion descendente, pues se halla mucho mas en las humildes situaciones de la vida, que en las posiciones elevadas. Dios concede a los unos en felicidad interior, lo que da a los otros en riquezas, en brillo y honradez. Muchas veces he experimentado esta verdad. Si entramos en una sociedad, y buscamos el hombre cuyo rostro respire mas contento interior, hallaremos siempre que este es un pobre desconocido y olvidado del mundo. La equidad de la Providencia se ve en todas partes.

A la puerta del hermoso monasterio actual, reconstruido de nuevo, y cuya blanca desnudez sobre la cima mas aguda del cabo del Carmelo, se habia dos padres que nos esperaban, y que eran los dos solos habitantes de este vasto y magnifico retiro de cenobitas, los cuales nos recibieron como compatriotas y amigos, y pusieron a nuestra disposición tres celdas, cada una de las cuales estaba provista de una cama, mueble muy raro en Oriente, una silla, y una mesa. Nuestros árabes se establecieron con los caballos en los dilatados patios interiores del monasterio, nos sirvieron una bocena compuesta de pescado fresco y de legumbres cultivadas en el monte, y despues de tantas fatigas pasamos una velada deliciosa, sentados en los espaciosos balcones que dominan el mar y las cavernas de los profetas. Una luna clara y serena reflejaba sus suaves y pálidos rayos sobre la superficie del mar, de cuyo murmullo y frescura gozábamos, y nos propusimos permanecer en este asilo todo el dia siguiente, tanto para dar algun descanso a los caballos, como para reparar el

consumo que habiamos hecho de nuestras provisiones: ibamos á entrar en una comarca nueva, en la que teniendo que atravesar cinco jornadas de desierto, no debiamos hallar ni ciudades ni pueblos, y ni siquiera manantiales de agua.

22 de octubre.

Pasamos todo este dia en el monasterio del Carmelo, y lo empleamos en procurarnos algun descanso, y en examinar los puntos del monte y las grutas de Elias y los demas profetas. La principal de estas grutas esta vaciada evidentemente por la mano del hombre en la parte mas dura de la peña, y es una sala de una prodigiosa elevación sin mas vista que un mar interminable, en la que no se oye mas ruido que el de las olas que rompen continuamente contra el arriete ó pico del cabo. Las tradiciones dicen que allí temía Elias la escuela, donde enseñaba los misterios y la elevada poesia. El punto era el mas á propósito, y la voz del viejo profeta, maestro de una innumerable generacion de otros, debia resonar magestuosamente bajo la vaciada bóveda en el monte que Henó de prodigios, y al cual ha dejado su nombre.

La historia de Elias es una de las mas asombrosas de la antiguedad; él es el gigante de los sagrados bardos. Al leer su vida y sus terribles venganzas, parece que este hombre tenia por alma el rayo del Señor, y que el elemento sobre que fué arrebatado al cielo era su elemento natal, bella imagen lírica ó épica para ponerla en el poema de las antiguas maravillas de la civilización del pueblo hebreo! Toda la época de los